

UNA CONVERSACION CON EL ESTE

ME dispongo a escribir este artículo un sábado, a las pocas horas de haber recibido la visita de un distinguido intelectual de la Europa del Este. El vive allí, en la capital de su nación. Nos habíamos visto antes una sola vez, hace catorce o quince años, en otro viaje suyo a Madrid. Después estuve yo, en ocasión relativamente reciente, en su ciudad durante un par de semanas, pero no tuve oportunidad de encontrarme con él.

El es aficionado a estudiar los asuntos de España, y alguna vez ha escrito sobre ellos.

Dice que no domina nuestra lengua, aunque en realidad la entiende y, desde luego, es capaz de leerla. Hemos hablado, con cierto espacio, en una lengua neutral, igual que en la otra ocasión. Hemos comentado los asuntos españoles y los de su país, es la Polonia entrañable por la que yo tengo tan profunda simpatía, y con cuya historia, cultura y realidad social he procurado familiarizarme todo lo que resulta posible sin conocer la lengua ni haberla estudiado nunca.

Mi amigo fue alto empleado en un ministerio económico y cuando joven militó activamente en las filas comunistas. Ahora está retirado de su empleo en la función pública y de las actividades del partido, sin haberse convertido por ello en un hombre de oposición. Sencillamente, está en su casa. Estudia, lee, escribe y, cuando puede, viaja: menos de lo que quisiera, porque para ellos resultan muy caras las salidas al extranjero, especialmente a los países occidentales.

Primer tema, España. Me recuerda una conversación que había mantenido conmigo en su viaje anterior del 70 ó 71, cuando le dije algunas cosas a las que difícilmente podía dar crédito, porque todos sus otros informantes habían sostenido tesis contrarias. Sus interlocutores franquistas de entonces le hablaban de una prolongación del sistema político, cuando se extinguiera la vida del general Franco. Habría una cierta apertura, pero sobre la base de las «leyes fundamentales», que encarrilarían el proceso. Porque el régimen político tenía una consistencia que le permitiría conservar sus estructuras fundamentales en un futuro sin el Jefe del Estado.

Sus interlocutores de izquierda preveían una revolución, quizá sin violencia, porque no se inclinaban por ello los ánimos de los españoles, pero revolución. Lo que después de haberse marchado de España mi amigo, se empezó a llamar la ruptura. El me recuerda que yo le había dicho algo muy distinto: que Franco era más fuerte que su régimen, y que cuando el general desapareciera, el régimen se habría extinguido. Podría venir una monarquía, bajo la cual se construyera un sistema político libre y democrático, que rodara solo, pero con todo el mundo dentro. Mi amigo dice que en muchas ocasiones, en estos



ANTONIO
FONTÁN

diez años ha repasado sus notas, pensando siempre que algún día tendría que decirme que había tenido razón. No lo cuento aquí ahora por una presunción de zahorismo político, sino para apuntar al futuro más inmediato de España en virtud de los mismos razonamientos o métodos de análisis.

Es posible que los socialistas vuelvan a ser el primer partido en las próximas elecciones, sobre todo si se dan cierta prisa para celebrarlas. Pero sin el 48 por ciento. Quizá, tengan mayoría, si sus rivales se dispersan mucho o se agrupan mal, y el PSOE resulta favorecido

por la conservación de la ley electoral que elaboraron Herrero de Miñón, Lavilla y Martín Villa, bajo la dirección de Suárez, no sin cierta colaboración de Abril Martorell, que fue el que se empeñó en que el mínimo efectivo de diputados por provincia fueran tres.

EN Polonia las cosas están menos mal que cuando mi viaje desde el punto de vista económico. Funciona mejor la agricultura, y por lo tanto, la alimentación; hay mejor calzado y más prendas de vestir. También se producen más materias primas. El sindicato Solidaridad, del que mi amigo no parece haber sido nunca partidario, se halla en situación durmiente. La Iglesia sigue sin un estatuto legal, pero funciona, si bien las relaciones con la Administración, que habían mejorado, han sufrido el enturbiamiento derivado del asesinato de Popieluzsko.

Después hablamos de política internacional. Le dije que España está donde está, por razones de voluntad política y por razones de emplazamiento geográfico. Los socialistas lo han comprendido al ser Gobierno. Nosotros somos de la OTAN —le expliqué— porque estamos dentro de ella: todas nuestras fronteras terrestres lindan con países de la OTAN, y junto a nuestras costas, las escuadras que se pasean son de la misma filiación. Yo me doy cuenta de que Polonia está también donde está. Varios interlocutores míos de diversas ideologías me lo repitieron allí. Mi amigo me repuso que ellos lo sabían muy bien: que Polonia está dentro de la Unión Soviética; más que las repúblicas caucásicas, que tienen alguna frontera con países «no socialistas».

Por todo eso mi amigo, el intelectual polaco que no es nada partidario OTAN, entiende tan bien que España pertenezca a la Alianza, igual que pertenece ya a las Comunidades Europeas. Al terminar nuestra conversación tuve que decirle que, sin embargo, son numerosos mis compatriotas españoles que, por obstinación ideológica o por puro prejuicio, no se dan cuenta todavía de que las cosas son como son y las naciones están donde están, tanto ideológicamente como geográficamente. No se eligen los padres, ni la patria, ni el lugar del planeta en que uno va a nacer.